

Scholar@UPRM

Ariel: La reconciliación de lo bello y lo sublime

Item Type	Essay
Authors	Torres, Rosario
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2025-05-18 16:19:52
Link to Item	https://hdl.handle.net/20.500.11801/3378

ARIEL: LA RECONCILIACIÓN DE LO BELLO Y LO SUBLIME

Rosario Torres

El objetivo de este artículo es explicar cómo José Enrique Rodó reelabora los términos kantianos de lo bello y lo sublime, puesto que para desarrollar su obra *Ariel* utiliza, entre otros armazones ideológicos, dichos conceptos ideados por Immanuel Kant. Este texto del escritor uruguayo ejemplifica así la forma en que el modernismo literario latinoamericano se abastece de la filosofía romántica para presentar sus ideas. Tal mezcla de exponentes de épocas históricas distintas da cuenta de la significativa relación existente entre Romanticismo y Modernismo.

Alrededor de 1875, entre los autores hispanoamericanos se llegó a la conclusión de que el Romanticismo ya no era capaz de renovar más y como consecuencia se dedicaron a buscar nuevas formas de hacer literatura. El Modernismo surgió entonces como evolución de tal estética (compartían la libertad que para el Arte ganó el segundo movimiento), a la vez que se rebeló contra ella (ya que el Romanticismo se había apartado de su propio ideario estético y social). La transición entre ambas la lideró José Martí, mientras el Modernismo iba surgiendo consecuencia de la crisis mundial en el paso del siglo XIX al XX, cuando en multitud de campos iban surgiendo nuevos ideales y formas de pensar de considerable ascendente en la filosofía y el arte (Schopenhauer, Kierkegaard, Tolstoy, el Simbolismo, Impresionismo y Wagner). Se buscaba lo moderno, el apoliticismo y la mezcla considerable de intelectualismo y esteticismo. Por aquel entonces, España vivía el llamado “desastre nacional” y ansiaba una transformación general, que pasó a reflejarse en Sudamérica, donde se acentuó la hegemonía de Estados Unidos, vencedor frente a la Península, y, al mismo tiempo, la reacción anti-norteamericana. La prosperidad económica y la creciente clase media se reflejaban en la vida intelectual, que cada vez apostaba más por la profesión de escribir (*versus* la llana vocación).

La renovación literaria se produjo primero en el denominado nuevo mundo, para llegar después a la Península.

En el campo de la literatura el Modernismo revolucionó la forma y el espíritu, a la vez que intentó entroncar las letras hispanoamericanas con las corrientes culturales universales. Se caracterizó por el cuidado y el refinamiento en la elaboración formal, la revolución métrica basada en una mayor libertad, el exotismo, la fantasía y la reacción contra el prosaísmo. A todo ello contribuyó sobremanera Rubén Darío, gracias al cual el movimiento alcanzó carácter internacional, con su desarrollo de los géneros que más perfección alcanzaron en el Modernismo: la poesía y la prosa ensayística. Este último fue precisamente el que utilizó Rodó en *Ariel*, donde se evidenció su herencia romántica al remitirse a la teoría kantiana expuesta en *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*. Este ensayo es, por una parte, un tratado empírico del sentimiento en sus manifestaciones de lo bello y lo sublime y, por otra, un estudio del gusto. Este último rasgo entronca con la gran voluntad de estilo que rige la obra literaria modernista, deseosa de crear una forma de expresión renovadora.

Kant analiza a qué objetos se refiere el sentimiento, según la disposición del receptor para lo bello o para lo sublime. Según su teoría estética, se dan dos especies del sentimiento más delicado: lo bello (que equivale al entendimiento, la calidad, la forma, la limitación, el encantamiento y el adorno) y lo sublime (asociado con la razón, la cantidad, la ausencia de forma, la ilimitación, la conmoción y la sencillez). Además, a cada uno de estos sentimientos corresponde una serie de virtudes: en el caso de lo bello son adoptivas y consisten en la compasión, la amabilidad y el honor; a la sublimidad corresponde la virtud verdadera, que es la benevolencia. Pero Kant llega aún más lejos al identificar cada uno de estos sentimientos con los géneros: lo bello es propio del femenino y lo sublime del masculino, hasta el punto de que incluso la inteligencia y la virtud son bellas en la mujer, pero profundas y nobles en el hombre. El tema central de *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime* es así el sentimiento o el análisis del gusto, que equivale a la manifestación de los diferentes temperamentos. Las sensaciones de agrado o desagradado se sustentan en el sentido particular de cada hombre para ser por ellas afectado de placer o displacer, de ahí que Kant intente descubrir las posibilidades psicológicas de cada persona en las manifestaciones de su sentimiento fundamental. En su estudio, estos valores estéticos se mezclan con los morales hasta tal punto que resulta difícil distinguirlos entre sí: el aspecto moral y el

análisis de la validez de los principios está presente constantemente, mezcla que preside *Ariel*. De ello se deduce que Rodó no se adhiere por completo a la máxima modernista “El arte por el arte”, ya que dota a su esteticismo de adoctrinamiento. Pártase pues de este punto para analizar la relación entre el escritor uruguayo y Kant, siempre teniendo muy presente que el hecho de que Rodó utilice dos conceptos kantianos no presupone que los suscriba por completo:

Quando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: “Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber”, desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le da, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso. (45)

En esta cita de Rodó queda condensado su concepto de la Estética. En un alarde de agudeza intelectual, el autor uruguayo idea utilizar *La Tempestad* de William Shakespeare y la teoría kantiana para comunicar su discurso modernista. El escritor establece un interesante triángulo teórico, cuyos vértices resultan ser Modernismo, Romanticismo primero (Kant) y Barroco (el Shakespeare tardío), que quedan íntimamente relacionados. Rodó empieza por tomar los personajes del dramaturgo inglés para llenarlos del idealismo trascendental kantiano. Curiosamente no identifica a su Ariel con una de las dos especies del sentimiento mencionadas, sino que mezcla las virtudes y las características de lo bello y lo sublime en esta criatura, tomando los términos kantianos para reelaborarlos. Ya al principio del libro, el escritor caracteriza a esta estatua alada que preside la sala del estudio donde se reúnen sus protagonistas como “la parte noble y alada del espíritu”, “el imperio de la razón y del sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad”. Ante tal descripción, el lector conocedor de Kant podría concluir que, para Rodó, Ariel es el símbolo de lo sublime, puesto que para el filósofo de Königsberg lo bello comparte con lo sublime que ambos placen por sí mismos y que presuponen un juicio de reflexión. La satisfacción se refiere a conceptos y se enlaza con la facultad de la misma, mediante lo cual la imaginación es considerada en conformidad con la facultad del entendimiento o de la razón. Por lo tanto, los juicios de esas dos clases son particulares y se presentan, no obstante, como universalmente válidos. Hay entre ambos también diferencias considerables: lo bello se refiere a la forma del objeto, consistente en su limitación; lo sublime, al contrario, puede encontrarse en un objeto sin forma, en cuanto en él es representada ilimitación. Lo bello es la exposición de un concepto indeterminado del entendimiento y lo sublime lo es

de un concepto semejante de la razón. Puesto que Rodó escribe que Ariel es “el imperio de la razón y el sentimiento sobre la irracionalidad”, resultaría tentador asociarlo con tal sublimidad. Pero mientras que para Kant esta especie del sentimiento va unida a la representación de la cantidad y lo bello a la calidad, Rodó en cambio se decanta por la belleza en lugar de por la sublimidad, ya que, frente a lo que considera potenciador de la barbarie o de la civilización (la multitud), prefiere el dominio de la calidad frente al número (característica propia de lo bello). Con este argumento sostiene, en parte, su antipatía por la Democracia.

Según Kant, lo bello y lo sublime se diferencian también en que lo bello conlleva un sentimiento de impulsión a la vida y puede unirse al encanto, mientras que el sentimiento de lo sublime es un placer que nace mediante una suspensión de las facultades vitales, por lo que adquiere mayor seriedad. Una vez más, Rodó aboga por lo bello, ya que lo concibe como inspirador de vida, tal y como lo percibía Kant: “De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida” (42). El escritor está convencido de que sería todo un motivo superior de moralidad el que propendría un cultivo de los sentimientos estéticos, de gran interés para todos, hasta el punto de que mantener que la forma más eficaz de conseguir que el ser humano decida cumplir con su deber es sentirlo estéticamente como una armonía (además de una imposición). A todo ello habría que añadir que, al mencionar conceptos como “encanto”, Rodó apuesta por vestir a su ideal de convivencia, simbolizado en Ariel, con los ropajes de la belleza, la gracia y la amabilidad propias de, escribe, las razas que más admira, como la mediterránea.

Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime establece como principal diferencia entre lo bello y lo sublime (si bien considera sólo lo segundo en objetos de la naturaleza) el hecho de que la belleza natural parece ser una finalidad en su forma, mediante la cual el objeto parece ser determinado de antemano para nuestro juicio, mientras que aquello que despierta el sentimiento de lo sublime podría parecer contrario a un fin para nuestro Juicio (sólo por eso será juzgado tanto más sublime). De este modo, sólo puede concluirse que un objeto es propio para exponer una sublimidad que puede encontrarse en el espíritu, pues lo sublime no puede estar contenido en forma sensible, sino que se refiere sólo a ideas de la razón. Se observa también la significativa influencia de estas nociones en Rodó, que las reelabora para optar por una opción

conciliadora: a la vez que expresa “Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede indubablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares” (44), reconociendo la nobleza de lo sublime, simultáneamente aboga por la belleza; cual indisimulado modernista, considera que así se realza el bien que se concede. Incluso llega a afirmar que quien puede distinguir entre lo feo de lo hermoso “lleva hecha media jornada” para distinguir lo bueno de lo malo y que en el futuro la ley moral será concebida como toda una estética de la conducta.

De todo ello se desprende que Rodó claramente se vale de la teoría kantiana para dar forma a su discurso, aunque para ello la reelabora. Frente a la dicotomía kantiana, el escritor uruguayo concilia lo bello y lo sublime. Según él, en el alma perfecta la gracia y la delicadeza del primero de dichos sentimientos irían inseparablemente unidas a la fuerza y la rectitud de la razón propias del segundo. De este modo, en las últimas páginas del libro vuelve a insistir en que “Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad” (100) y llega a afirmar que es posible encontrar en una persona ambas características. Aunque Kant reconoce tíbiamente que no se entiende que alguien carezca de lo noble y tenga lo bello, o viceversa, sino que más bien se supone que cada cual combina lo uno y lo otro, concluye que en cada sujeto tiende a predominar una de las dos, dependiendo del género, como se vio anteriormente. Rodó, por el contrario, está convencido de la posibilidad de unión de ambas especies del sentimiento, ejemplo de lo cual es el cuento oriental que inserta en *Ariel*. El autor uruguayo dota al rey protagonista no sólo de las características propias de un hombre (género al que, según Kant, corresponde la sublimidad), sino que también le atribuye cualidades específicamente bellas, como la amabilidad y la hospitalidad. Sirva esta última cita para resumir el punto de vista exhibido por el autor uruguayo y, a la vez, de colofón de este artículo:

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca (40).

Rosario Torres
Penn State Berks-Lehigh Valley College
Estados Unidos de América

OBRAS CITADAS

Jiménez Moreno, Luis, ed. Immanuel Kant. *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*. Madrid: Alianza, 1990.

Rodó, José Enrique. *Ariel*. Madrid: Cátedra, 2000.